

Días de la patada

Juan Antonio Isla Estrada

- De la diferencia semántica a los triunfos y expectativas de nuestros seleccionados nacionales.
- Afinidades y paradojas entre los dos equipos de futbol.
- Enfrentarían a Argentina, esa nación de grandes jugadores, petulantes, casi invencibles.

En la jerga de habla hispana y especialmente en México la expresión “de la patada” equivale a mal, muy mal o pésimo. Uno pregunta: “¿cómo te ha ido?”, otro contesta: “de la patada”. De la patada en nuestro país tiene una carga negativa. En Perú equivale a tremendo, fuerte, impactante (así ‘de la patada’ fue el marcador que los incas recibieron de los argentinos). En Guatemala tiene una connotación similar a la de México. Pero hoy no nos referiremos al sentido catastrófico del vocablo ni nos detendremos en el área de la CONCACAF.

México es una nación en la que el futbol es como una religión. El asunto del juego de balompié es esencial para la vida cotidiana de los mexicanos. Ni las creencias, ni la política unen y dividen tanto como el futbol a los mexicanos. Hoy vivimos días en que el juego de la patada nos cohesiona y nos regocija. Tenemos a dos representativos nacionales compitiendo en torneos de importancia mundial y continental y los dos están teniendo éxito. Ambos tienen puntos de conexión y diferencias entre sí por muchas razones.

El primer punto que los identifica es que con ambos equipos está el ánimo de millones de mexicanos que fervorosamente desean sus triunfos. Otro es el verde de su camiseta y en la escuela nos enseñaron que ese es el color de la esperanza (aunque en la realidad los seleccionados nos han proporcionado más decepciones que ilusiones). Los jugadores portan la bandera nacional en su uniforme y, aunque vivan en Grecia y sean hijos de extranjeros, se parten el alma por ella y, si es necesario, se lanzan desde lo más alto del Castillo abrazando el lábaro patrio (eso también nos lo enseñaron en la escuela). Ambos equipos tienen por ahora una estrella sorprendente. Son hijos de futbolistas profesionales que llegaron a nuestro país a ganarse la vida. Se trata de una generación de individuos producto de una combinación de mentalidades. Eso puede explicar parte del éxito.

Hay varios elementos que distinguen a los colectivos nacionales. La edad de sus integrantes es uno de ellos. Unos son jovencitos menores de 20 y otros son ‘rucos’ mayores de 21. Los adolescentes son dirigidos por un hombre discreto y serio, líder, estratega, amigo de los muchachos. Jesús Ramírez chupa paletas para dominar sus nervios y celebra con extrema humildad los goles de sus pupilos. Los ‘grandes’ tienen un director técnico que carga con una soberbia enfermiza y basa su doctrina futbolística en la teoría de las ‘amígdalas’. Hugo Sánchez tira el saco cada vez que se inconforma con una decisión del árbitro y festeja los goles de sus jugadores como si él los hubiese anotado.

Vivimos los mexicanos días de la patada. No me refiero a las jornadas de violencia ni a las explosiones en los oleoductos de PEMEX que los medios y la paraestatal callan.

Vivimos días de gloria y pasión futbolera. Los peregrinos queretanos que caminan hacia el Tepeyac portan la camiseta nacional en lugar de la imagen guadalupana. Debajo de los ‘tacuches’ de los ejecutivos hay una camiseta tricolor que absorbe el sudor de sus afanes y ocupaciones. Abajo de la sotana del cura un uniforme verde se impregna de incienso. Por estos días todo México vibra con sus selecciones nacionales. La reforma fiscal puede esperar, la Reforma del Estado resulta ociosa. Hoy son días de fijar nuestra atención en el deporte de las patadas.

La ‘sub’ 20 se enfrenta el jueves 12 de julio al equipo del Congo y, si avanza, se enfrentaría a Argentina. La selección ‘mayor’ se medirá un día antes con la Argentina y toda su constelación de ‘craks’ (Messi, Riquelme, Zanetti, Tévez, Mascherano y los Milito). Ambos representativos de México tendrán en su camino hacia el título a los poderosos, insufribles y casi invencibles ‘pibes’. Argentina tradicionalmente nos ha ganado en la cancha y también en fervor fanático, en la santificación de los ídolos, en la desgracia nacional frente al fracaso.

Argentina es ese grandote de la escuela, vago, hábil, medio facineroso, medio galán y diestro, medio seductor y cadencioso. Bailador de tango, orgulloso y ventajista. Es ese engreído que casi siempre gana y cuando pierde escupe a la cara (como el ‘chino’ Benítez al ‘Bofo’ en la Bombonera).

México es el chaparro mañoso y escurridizo. Medio acomplejado e inseguro, entusiasta y alegre. Bailador del ‘jarabe tapatío’. El que casi siempre pierde y cuando gana el resto del mundo queda incrédulo (Slim y Kukul-Kan).

¿Frente a los dos equipos de Argentina seremos capaces de incorporar a nuestro ritmo la cadencia de la ‘samba’ o el efusivo y ascendente señorío de la danza de ‘Zorba’? o hasta ahí llegamos. ¿Cuál de los dos equipos será capaz de sacar el triunfo y demostrar que los complejos han quedado definitivamente atrás con esa nueva raza de triunfadores que, antes que otra cosa, ha demostrado amar a México?

Hoy vivimos días de la patada, eufóricos por los triunfos de nuestros equipos. No hay otra cosa más importante de qué hablar. El fútbol es más que obsesión del aficionado. Es asunto de Estado. Nery (Castillo) y Giovanni (Dos Santos) serían los nombres de los nuevos niños héroes. Candidatos a figurar en el ‘Altar de la Patria’. Desde la próxima semana sus nombres serían impuestos en todas las parroquias ante los curas azorados. Pero si caemos de nuevo, si una nueva derrota ante los petulantes ‘celestes’ nos hace morder el polvo, nos vamos a sentir como si hubiésemos recibido otra humillación, una tunda en el trasero, peor que si nos hubiesen ganado una elección por medio punto porcentual. Nos vamos a sentir, ahora sí, ‘de la patada’.

<http://www.juanantonioisla.com>